

Victoria Ocampo ante el
malentendido y los desafíos de
la traducción cultural

María Rosa Lojo

Texto completo:

Victoria Ocampo ante el malentendido y los desafíos de la traducción cultural

Por María Rosa Lojo (escritora, investigadora del CONICET, profesora de la Universidad del Salvador).

Abstract

Miembro de una élite social que educaba a sus hijos en lenguas extranjeras, habitante desdoblada de una América que se le volvía difícil de comprender, Victoria Ocampo comprometió su vida intelectual en la misión de construir un puente que acercara mundos: Europa y su América nativa que combatían y chocaban aun dentro de ella misma, la civilización occidental y el Oriente misterioso y admirable que descubrió en figuras como Rabindranath Tagore y Mahatma Gandhi.

Traducir(se) los textos literarios y sobre todo los códigos culturales de un mundo a otro fue la empresa en la que jugó no sólo su dinero y su talento, sino aun sus pasiones y sus más profundos afectos. El frecuente malentendido (*misunderstanding*) fue el escollo frecuente con el que debió enfrentarse, con consecuencias personales a veces por demás sorprendentes e incluso enojosas.

El presente trabajo se propone examinar sus vínculos con algunos protagonistas de la cultura internacional de su tiempo que fueron decisivos para su formación y que la sometieron a particulares desafíos para superar el malentendido cultural, en especial Tagore y el conde de Keyserling: Oriente y Occidente que desde dos estilos y universos de sentido muy distintos la colocaron y se colocaron frente a los límites de la capacidad para interpretar el mundo y los valores del otro.

La escritura desdoblada

La vida de Victoria Ocampo estuvo signada por la circulación entre las lenguas. Vivió en esos intersticios, en esos espacios de tránsito donde la traducción era el salvoconducto necesario y a la vez insuficiente. De otro modo no se hubiera aferrado, como lo hacía, a las “Palabras francesas”. Así se llama uno de sus *Testimonios*, donde da cuenta de su obstinado amor por una lengua en la que confiesa pensar (y escribir) desde muy niña. Cuando una de sus tías le pide que piense un nombre para una primita recién nacida, ella propone inmediatamente, Geneviève, pensando en

Geneviève de Brabant. Pero en tal caso, a esa niña, hija de una familia criolla en suelo argentino, no será posible llamarla sino “Genoveva”, versión hispana que –tanto a su tía como a ella misma– les suena decididamente desagradable. La equivalencia –siente la pequeña Victoria Ocampo– es falsa, imposible. “Yo ignoraba entonces –concluye la Ocampo adulta que rememora una infancia vivida en francés– que esta historia iba a repetirse indefinidamente para mí. Que las traducciones iban a atormentarme como mi tía cuando se empeñaba en querer un nombre español. Que, dirigiéndome de preferencia a un público de lengua española, no tendría más remedio que pasar por ello”. (1981, 16).

La postura de Ocampo puede resultar irritante para los hispanistas. Lo ha sido ciertamente para los nacionalistas así como ha enfurecido y enfurece aún a quienes, basados en su pertenencia de clase, prefieren ignorar el aporte que en efecto ella hizo a la cultura y a la literatura argentinas. Sin embargo, lo cierto es que cosas como la pertenencia (de nacimiento) a una clase social determinada, no se eligen ni se deciden. Mientras que, en cambio, la fundación de una revista cultural escrita en castellano, durante décadas la más importante en su género de América Latina, sí fue fruto de una elección y una vocación personales.

Sería injusto reprocharle a Victoria Ocampo el hecho de haber nacido en el estrato social y en el molde mental de la alta burguesía. Así lo entendió incluso Arturo Jauretche, feroz crítico del “mediopelo” argentino y de la “colonización pedagógica”, que no vaciló en apreciar, por el contrario, todo lo que Ocampo resultó capaz de hacer *a pesar de* la forma en que había sido educada:

“Y viene en cambio a cuenta el mérito: el haber superado la gazmoñería ambiente y haberse lanzado con formidable empuje y todos sus recursos a una obra de cultura, excepcional, si se mira entre la gente de su clase. Doña Victoria trató de servir al país, y si lo ha perjudicado, eso no ha estado en su voluntad y en su empeño: hizo lo que ella podía hacer y que de ninguna manera podía ser de otro modo. La culpa se remonta más arriba, a sus mayores, ricos hombres de prosapia argentina y española que entregaron la formación de sus hijos a ‘frauleins’, y ‘misses’ y ‘demoiselles’, desde la más tierna infancia, y escalonaron después con largas estadías en colegios extranjeros la formación de la adolescencia y la juventud hasta el punto de que, como lo ha dicho reiteradamente doña Victoria, su idioma natural no fuera el de su tierra”. (Jauretche 1997, 128-127)¹.

Ciudadana argentina de viejas raíces que se remontaban, por el lado materno, hasta Domingo de Irala y una de sus concubinas guaraníes,

1- Años más tarde, Jauretche y Ocampo entrarían en un duelo epistolar donde se aprecian tanto sus puntos de contacto como sus divergencias. (Galasso ed, 2006 y María Celia Vázquez, 2004).

bautizada como Águeda, Victoria Ocampo se vio en la necesidad de escribir en español para un público que trascendiera las fronteras de la intimidad familiar y de la élite. Vivió, por lo tanto, dice ella misma, “traduciéndome o haciéndome traducir por los demás continuamente” (1981, 25). La auto-traducción constante tampoco le ofrecía, empero, la salida perfecta.

Por un lado, enfatiza Ocampo, su idioma de la intimidad, la *langue du coeur*, será irremediablemente el francés: “Quedaré siempre prisionera de otro idioma, quiéralo o no, porque ése es el lugar en que mi alma se ha aclimatado” (Ocampo: 1981, 25). Las primeras experiencias infantiles de lecturas interferidas por los reclamos del paisaje nativo han quedado en ella asociadas al francés de manera indisoluble. El francés es el que lee es el que pone palabras al paisaje y pensamientos a la vivencia cruda, mientras que los gritos de los peones en la esquila de las ovejas dice, con una franqueza que lastima, eran sólo percibidos “como un género especial de mugidos”. Y subraya: “*No eran las palabras con que se piensa.*” Nos equivocáramos, sin embargo, al pensar que son sus prejuicios de clase los que exilian de la condición humana a los peones esquiladores. Se trata, más bien, de un profundo prejuicio cultural sobre todo aquello que había producido España. De ahí su asombro al conocer a Ortega y Gasset y descubrir que se podía pensar en español, que también la lengua nativa podía ser un instrumento de cultura².

Por otra parte –para volver al problema de la autotraducción–, si las palabras del castellano le parecen en cierto modo artificiales, exteriores al magma de la afectividad entrañable, sin embargo, advierte también Ocampo sagazmente, “lo que escribo en francés no es francés, en cierto sentido, respecto al espíritu”. El divorcio entre la lengua familiar y disponible y el contenido (la sensibilidad americana) –sobreabundante y excesivo– que ésta debe expresar se halla, como veremos, en la médula de uno de los malentendidos más grandes de su vida, con el conde de Keyserling.

Tagore: afinidades electivas y mutuos exotismos

Rabindranath Tagore fue el primer gran escritor con quien Victoria Ocampo ejercería funciones de Mecenas. Era desde hacía mucho su apasionada lectora, aunque por motivos que nunca le confesaría a Tagore. Atrapada en un matrimonio erróneo y contraído, paradójicamente, por el deseo de independizarse, Victoria Ocampo había encontrado poco después al amor de su vida en Julián Martínez, un primo de su propio marido.

2- Dice Victoria Ocampo, personaje de la novela *Las libres del Sur*: “España no era nada entonces para mí. O mejor dicho, era lo peor: una lengua ampulosa, solemne y engolada, una antigualla, un sillón frailer, o la crueldad de una corrida de toros donde vi destripar un caballo. No me interesaba lo que un filósofo español pudiese decir. Es más, esa especie, ‘filósofo español’, me parecía un absurdo, un imposible. Una criatura tan fantástica como un animal mitológico, un caballo volador.” (Lojo: 2004b, 84).

Le fue imposible blanquear esta relación, que hubiera implicado (para la mentalidad de época y clase) la deshonra de la familia. Debía seguir atada a una legitimidad ya vacía y falsa, mientras que le era preciso esconder su relación con Martínez como un delito bochornoso. En ese momento, la lectura de Tagore implicó para Ocampo una absolución implícita, a través de una idea del amor tanto más generosa que la de la religión familiar. Su encuentro personal con el poeta se produciría sólo una década más tarde.

Ya Premio Nóbel en la época de su llegada a la Argentina (1924), Tagore fue en realidad un visitante involuntario. Se dirigía al Perú, invitado por el gobierno con ocasión de festejos patrióticos, y el Río de la Plata era solamente una escala del viaje. Pero había contraído gripe durante la travesía, y al llegar a Buenos Aires las eminencias médicas que lo atendieron en el Hotel Plaza le aconsejaron desistir del periplo peruano, porque el cruce de los Andes podía perjudicar su corazón debilitado. Victoria Ocampo se apresuró entonces a ofrecerle la posibilidad de una temporada de descanso, en las afueras de la capital. Era una mujer rica, pero entonces no del todo independiente. Sus padres no le permitieron hospedar al poeta en la quinta familiar de San Isidro: Villa Ocampo. Victoria pidió primero prestada a una prima una quinta cercana, llamada "Miralrío" y luego, cuando la estadía del huésped empezó a prolongarse, malvendió una tiara de brillantes para poder pagar el alquiler de la propiedad durante el tiempo que fuere necesario.

En Buenos Aires, Tagore fue recibido con intensa expectativa. Tenía muchos lectores, a través de las traducciones francesas e inglesas, en las clases altas, mientras que las traducciones españolas debidas a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez circulaban entre un público más extenso³. Formado en Inglaterra durante su adolescencia, hablaba y escribía fluidamente el inglés y él autotraducía sus textos, compuestos en bengalí.

Entre nosotros, Tagore no podía sino ser leído y admirado en clave exótica. Su barba blanca, su aspecto de santón, su belleza física combinada con un porte dulce y venerable (las mismas crónicas de los diarios, no sólo los recuerdos de Victoria Ocampo, la resaltan), revestían todas las seducciones de lo lejano y misterioso. El misticismo de sus poemas y su ropa

3- Por cierto, el grado en que Tagore es conocido en la Argentina lo asombra a él mismo, a poco de su llegada. Así, escribe en carta a su nuera, Pratima Devi: "On the whole they all admire me over here. I could have never imagined before how well they know me and how much they want me. If we could have brought that drama group of ours over here, it would have received a great deal of appreciation. When I made a proposal to bring it over, they were prepared to pay up to a lakh of rupees. They are pretty keen to have an art exhibition. I can see there is quite a place for us in South America" (Kushari Dyson, 1988, 166) Reitera estos conceptos en otra carta a su hija, Mira Devi: "One thing is marvellous, though: many people have read my books here and have great respect for me. That's why they're so happy just because I've come to this country and am here; they don't want anything else from me. Up to now I haven't been to any meeting; many haven't been able to catch a glimpse of me yet; all the time, though, they're sending me letters, flowers and books for me to autograph." (Kushari Dyson, 1988, 168).

talar lo transformaban en una figura sapiencial, con ecos de profeta y de taumaturgo. Así, la modista francesa a la que Victoria Ocampo le había encargado túnicas nuevas para Gurudev (el Divino Maestro, como lo llamaban sus seguidores), se empeñó en probárselas personalmente para poder acariciarle la barba, que le recordaba la imagen de *Dieu le père*; una señora, concurrente, como tantos “peregrinos”, a Miralrío, le pidió que interpretara un sueño suyo de la noche anterior⁴. Tagore, que no hablaba ni entendía el castellano, no percibía muchos de estos equívocos. O los tomaba con paciencia y bonhomía. Quizá porque no menos exótica le resultaba a él la Argentina misma, además de inesperada.

Los desencuentros y malentendidos con la propia Victoria Ocampo pasaban en parte por los huecos de información de Tagore sobre su anfitriona. La notoria asimetría en cuanto al conocimiento mutuo signó sin duda esa relación. Pero también, específicamente, tuvieron que ver con lo estético y lo lingüístico, con las expectativas (frustradas) que el poeta indio alimentaba sobre una Argentina que no vio tan americana como lo hubiera querido, y, en general, con la recepción (más bien pobre) que esperaba de todos los lectores occidentales en cuanto a la cabal inteligencia de sus obras.

“Lo argentino” se le escapaba, le parecía una impostación, una mistificación, una copia. Vio, en principio, una gran ciudad traidora de su pasado, vaciada de memoria histórica. Y en el campo, a donde finalmente fue llevado por Victoria, después de mucha insistencia por su parte, llegó al colmo del desencanto. Si algo imaginaba antes de tocar la costa del Plata, era el país decimonónico y pastoril de William Henry Hudson, cuyos libros había leído con placer e interés. Desde luego, en el campo de los Martínez de Hoz no iba a encontrar la pampa de Hudson, ni la “taper” de Martín Fierro, ni araucanas descalzas con cascabeles de plata en las trenzas, ni ranchos de adobe perdidos en la llanura inmensa⁵. El casco de estancia de esta acaudalada familia era una construcción de estilo inglés, amueblada también a la inglesa, con piezas de época, auténticas, que

4- “A veces llegaban visitas imprevistas. Muchos eran teósofos. Una mañana, se presentó una señora (yo no conocía a casi nadie de las personas que desfilaban a diario por la quinta) que insistió para ser recibida inmediatamente. Tagore, burlando la vigilancia que tratábamos de establecer para protegerlo, recibió a la madrugadora. Supimos luego, por él mismo, que iba a pedirle la interpretación de sus sueños. La señora en cuestión soñaba con elefantes. Había elefantes en la India, ergo, Tagore debía saber qué significaba soñar con esos paquidermos. Elmhirst [el secretario inglés de Tagore] y yo cambiábamos miradas: era una ocasión excelente para llamar al orden a nuestro convaleciente. Si lo trataban como a un adivino vulgar, ya no habría descanso en la casa. Aquello no tenía sentido...” (Ocampo 1961, 67-68).

5- No está probado si Tagore conoció o no alguna otra estancia, como la de Ricardo Güiraldes, y probablemente a Don Segundo Ramírez, el modelo inspirador de *Don Segundo Sombra*. Kushari Dyson (1988, 136) señala que no ha quedado documentación de ello por parte del secretario de Tagore. Resulta difícil que Tagore se interesara en conocer a Don Segundo, como lo señala indirectamente un testimonio de Borges recogido por María Esther Vázquez (1996, 96) porque la novela que le daría a Güiraldes fama internacional apareció en 1926, después de la visita del poeta. Sí se sabe, a través de Victoria Ocampo, que conoció a Güiraldes en Buenos Aires y que disfrutó su diestra ejecución, en guitarra, de piezas criollas.

provocó la sorpresa del poeta, y un disgusto que se limitó a expresar con sobriedad. Pero si en aquel momento dijo sólo: “This house is full of unmeaning things”, ampliaría su dictamen negativo en conversaciones con Romain Rolland, publicadas más tarde, y que afligirían retroactivamente a su anfitriona argentina: “La gente se ha enriquecido de repente, y no ha tenido tiempo de descubrir su alma. Es lastimoso ver su absoluta dependencia de Europa para sus pensamientos, que deben llegarles totalmente hechos. No les avergüenza enorgullecerse de cualquier moda que copian, o de la cultura que compran a aquel continente.” (Ocampo: 1961, 69).

La estadía en la mansión incluyó otros desencuentros: entre ellos la traducción de un poema escrito por Tagore sobre un motivo pampeano. Victoria comprobó que la versión oral –una versión directa al inglés recitada para ella *in situ* por Tagore– era muy superior a su versión final escrita, simplificada para occidentales, a los que su autor no juzgaba capaces de captar ciertas sutilezas.

Por otra parte, él se mostraría obstinadamente refractario a quien era, para Victoria, el supremo poeta occidental, o al menos, su preferido: Charles Baudelaire. La lectura y subsiguiente traducción al inglés de “L’invitation au voyage” por parte de Victoria, provoca un cortocircuito comprensivo. La descripción del cuarto de los amantes con raros perfumes, fragancias de ámbar, muebles pulidos por los años y esplendor oriental, no suscita en Tagore sino una observación de ironía lapidaria: “Vijaya, I don’t like your furniture poet” (1961, 96) Algo similar sucede con los compositores preferidos por Victoria: Debussy, Ravel, Borodin, cuyas obras hace tocar para el maestro indio por sus amigos, los hermanos Castro. Tagore los escucha desde dentro de su cuarto, con la puerta entornada, pero la música (sobre todo la de los dos franceses) le parece oscura y enmarañada. (Ibídem, 72)

Las heridas en el amor propio de Victoria se profundizarían más tarde, en Miralrío, con la lectura de los apuntes del secretario de Tagore, Leonard K. Elmhirst, tomados durante la fiesta de Navidad⁶ (ese día Ocampo no estaba presente). La homilía del bengalí no alcanza sólo a los occidentales en sentido amplio, sino muy específicamente a lo que ha visto en la Argentina: un país cuya clase alta, orgullosa de su riqueza y de su supuesta civilización, se entrega a gozos superficiales y vive dentro de una “prisión mental”, sin verdadera libertad de espíritu (Kushari Dyson, 1988, 176-178)⁷. La andanada crítica había comenzado ya el 24 de diciembre

6- Victoria no los acompañó. Compartía las Navidades con su familia, que no se mostró demasiado propicia al trato con el poeta. Es de presumir, apunta Kushari Dyson, que la exclusión de Tagore del círculo íntimo de Victoria por aquellos días, lo haya molestado profundamente (1988, 179-180) y le haya parecido, por lo demás, incompatible con el mismo espíritu cristiano de la festividad.

7- Las críticas puntuales al modo argentino de vida no aparecen en un artículo alusivo de *La Nación* (27 de diciembre de 1925) donde se da, de un modo impersonal, una versión muy suavizada y maquillada de los apuntes de Elmhirst. Tampoco aparecen en un texto de Victoria Ocampo: “La Navidad de Tagore en Punta Chica”, de 1961 (Kushari Dyson 1988, 181).

(y esta vez Tagore se dirigió, en persona a Victoria). El poeta, que era también un educador y a esa tarea dedicaba, en Santiniketan, buena parte de sus afanes, le hace una serie de observaciones agudamente críticas acerca de la crianza de los niños de las clases dirigentes, y que sólo Ketaki Kushari Dyson ha recogido. ¿Cómo podrán esos niños sentirse argentinos –se pregunta– si se los educa fuera del país y se los atiborra de libros? Tienen que conocer, ante todo, su propia tierra y para eso hay que enviarlos, ya adolescentes, a viajar por ella con mínimos medios materiales, para que, como nuevos Robinson, aprendan a sobrevivir en la naturaleza, y a amar su territorio. Victoria, que años más tarde mostrará esa patria al mundo a través de *Sur*, tanto en la geografía como en sus creaciones estéticas, sin duda no habrá sido indiferente a estas palabras⁸.

En cualquier caso, entre Tagore y Victoria Ocampo, el grado de cercanía y comprensión excedió las distancias. Aunque de algún modo fue un amado prisionero, Tagore se enamoró de su cárcel florida en San Isidro y también, un poco, de su enigmática carcelera. El río, el jardín de vegetaciones para él extrañas en el margen de la ciudad se fundirían en una ensoñación perdurable que habría de iluminar toda su obra posterior, y que ya le inspira, de inmediato, un libro: *Puravi*. La correspondencia cruzada con Victoria da cuenta del creciente valor que adquiere para Tagore la experiencia argentina, a medida, también, en que el regreso se ve como imposible y las distancias crecen en el residuo insoluble de las lenguas que los separan:

“Hay algunas experiencias que son como islas desprendidas del continente de la vida inmediata: sus mapas quedan siempre vagamente descifrados. Y mi episodio argentino es una de ellas. Posiblemente sepa usted que el recuerdo de aquellos días de sol y tiernos cuidados ha sido circundado por algunos de mis versos, los mejores en su género. Los fugitivos han sido capturados y permanecerán cautivos, estoy seguro, aunque no visitados por usted, separados por un idioma extranjero. (Ocampo IV, 1982, 65-66)”.

Hermann von Keyserling : “supremacía del alma y de la sangre”

Sir Rabindranath Tagore, indio de stirpe brahmánica, ennoblecido por el Imperio Británico, “se supo siempre miembro de un país oprimido, un pueblo pobre y una cultura antigua” (Lojo 2004b, 39). Sutil y cortés, lejos de toda prepotencia, no venía a imponer, sino a aprender. El conde

8- Paradójicamente, por ser fiel a su descubierta vocación americanista, Victoria renuncia a un viaje con Tagore en Inglaterra (Oxford) pues tiene una cita ya concertada con Waldo Frank en New York para hablar de la futura revista *Sur*, de modo que se abrazan por última vez en la Gare du Nord de París, en 1930 (Ocampo 1961, 98-99).

Hermann von Keyserling, otro intelectual objeto de la admiración de Victoria Ocampo, no podría haber sido más distinto. Nacido en el Báltico (en la antigua Livonia rusa), de linaje y lengua alemanes, era (a pesar de sus viajes y de su veneración por el Oriente y por Tagore mismo) un occidental avasallante, convencido en principio de su predominio espiritual, como europeo, sobre una Hispanoamérica (o Suramérica, en especial), tan fascinante como sumergida en el magma de impulsos atávicos.

Antes de llegar a esta percepción, plasmada en sus *Meditaciones Suramericanas* (1932) Keyserling mantuvo una larga correspondencia epistolar con Ocampo, que lo había leído con fanático deslumbramiento. Se escribían en francés, lengua que el conde, por cuna, y por su educación universitaria parisina, manejaba perfectamente. Pero el hecho comunicativo estaba distorsionado por las perspectivas erróneas de ambos: la que el filósofo báltico tenía sobre Victoria y la que Victoria elaboró de un Keyserling irreal, su imagen literaria que se pulverizó al encontrarse, en Versalles, con el conde de carne y hueso. En 1927 la obra de este pensador comienza a absorber a su lectora sudamericana. *Diario de viaje de un filósofo y Mundo que nace* la tienen en vilo, porque encuentra en ellas el retrato de sus propias conmociones. Aunque sus amigos españoles intelectuales (Ortega y Gasset, María de Maeztu) no comparten su entusiasmo desbordado, les escribe para hacerlo traducir en España, aun pagando los costos de su propio bolsillo.

La correspondencia de Victoria alcanza picos de una expresividad exacerbada, que debe de haber trastornado los códigos hermenéuticos del conde. “¡Sol de sus cartas! Déjeme adormecer en ellas, detenerme en ellas. Y después floreceré por ellas”. “Me parece que estoy tan plena de lo que es usted, que el menor movimiento me llevaría a despedir algún precioso aroma”⁹. La discípula llega a atribuir a ese vínculo virtual el carácter de condición necesaria para su mera supervivencia: “Cuando llegan sus cartas, siempre me parece que un instante antes me ahogaba y lo comprendo mejor por el alivio inmediato que este oxígeno me proporciona. Lo leo con los pulmones.”¹⁰

La fabulosa empatía se acaba, bruscamente, del lado de Victoria, no bien conoce, en persona, al propio Keyserling, en el *Hôtel des Réservoirs* donde se han dado cita. En ese momento el filósofo era un conferencista de fama internacional, y Victoria deseaba traerlo a Buenos Aires. El conde no podía viajar de inmediato y habían pactado encontrarse antes, en París, a costa de Ocampo, desde luego, y bajo condiciones escrupulosamente estipuladas por Keyserling, que hubieran debido alarmar a su *fan* sudamericana. El conde exigía, entre otras cosas, una cena con ostras, champagne, y acompañantes argentinos selectos y vestidos de etiqueta,

9- Ambas frases corresponden al 10 de noviembre de 1927, *Autobiografía IV*, p. 140.

10- *Autobiografía IV*, 144.

así como la prohibición de que su “mecenas” contrajese cualquier compromiso fuera de los cotidianos coloquios filosóficos que sostendría con él. El *tête à tête* produce en Victoria un efecto de *shock*. No porque ella ignorase el aspecto del filósofo, que no tenía nada de monstruoso (se habían intercambiado fotos dedicadas, según la costumbre de la época) sino por el desfasaje entre los modales y los hábitos de éste (entre ellos el de comer y beber de manera pantagruélica) y las ideas que decía profesar. Advierte que al gran tamaño físico del conde corresponde una inquietante característica mental, que llama “elefantiasis interpretativa”. Una hipertrofia del pensamiento que lo conduce a elaboradas, presuntuosas o delirantes construcciones especulativas, a partir de datos mínimos, y que –según Victoria– es la que dominará en su libro posterior, las *Meditaciones Suramericanas*, fruto de su visita rioplatense. Keyserling, dirá su indignada ex anfitriona, como “las personas de gran memoria musical pero demasiado perezosas para aprender a leer a primera vista la música, analizaba de oído los países.” (1951: 74-75).

¿En qué consiste, sobre todo, ese gran malentendido de origen que los llevará más tarde a la ruptura de toda relación cordial? Keyserling, despechado y defraudado, acusará a Victoria de haber jugado con sus sentimientos, de haberle ofrecido, en el desbordado lenguaje de sus cartas, una entrega incondicional, en cuerpo y alma, que luego no estuvo dispuesta a consumir. Ocampo, por su parte, aunque se reconoce culpable de una admiración exagerada y de haber sometido la para ella aún desconocida persona real del filósofo a una operación idealizadora y transfiguradora, reivindica el derecho a la expresión metafórica, por exuberante que ella fuere, de su devoción intelectual. Ésta es tan legítima –insiste– en una mujer como en los intelectuales varones, a los que no se les pide cuentas ni se los considera homosexuales por manifestarse, respecto de otros hombres, en parecidos términos (y pone como ejemplo la relación del mismo Keyserling con el filósofo Houston Chamberlain). Por lo demás, agrega, cuando, ya después de haberse encontrado, ella intentó desalentar cortésmente toda expectativa amorosa del filósofo, Keyserling hizo caso omiso de las señales negativas que –dice Ocampo– hubieran sido evidentes para un sudamericano cualquiera.

Las diadas Varón/Mujer, Europa/Sudamérica, saltan aquí a un primer plano de la consideración. Por un lado, es evidente que para el varón europeo (Keyserling) la entusiasta expresividad femenina (aunque se desarrolle en un plano puramente intelectual) debe leerse impregnada de connotaciones sexuales, y que se espera de ella el traslado concreto y real a un plano erótico. Por otra parte, también es evidente para la mujer sudamericana (Victoria Ocampo) que un varón coterráneo –sobre todo luego de conocerse personalmente– hubiera advertido no sólo la disparidad de registros, sino el lenguaje (eufemístico) con el que Ocampo –una y otra vez– manifestó su rechazo ante los avances eróticos del conde.

El choque con Keyserling la lleva a tomar brusca conciencia de los sofismas que “naturalizan” la cuestión de género (así como las relaciones asimétricas entre culturas periféricas y hegemónicas llevándolas al plano de ontologías metafísicas). No obstante, algo de las ideas del filósofo (al que nunca dejó de considerar talentoso) queda en su propia visión de Sudamérica y su lenguaje, particularmente en el ensayo *Supremacía del alma y de la sangre*¹¹. Allí señala justamente que el error del viajero “determina en nosotros un retroceso instintivo hacia nuestra verdad” (17) “Por otra parte” –concede– “no todo es error, ni mucho menos, en esos ensayos.” (18). No sería error la atención que Keyserling ha prestado a los “problemas del orden emocional” (40) en Sudamérica, donde se siente –dice Ocampo– como en ningún otro lugar, el peso del “alma y de la sangre”, el espesor carnal de la vida, aunque el filósofo los haya visto de manera insuficiente, como a través de un telescopio. Los poetas sudamericanos (así Ricardo Güiraldes, al que cita) utilizan, por lo tanto, un lenguaje adecuado a esa experiencia de alta densidad. El mismo lenguaje, acaso que, empleado en sus cartas a Keyserling, ha conducido a la “mala lectura” del europeo, a la “confusión de los sentimientos”.¹²

Conclusiones. Compensar el vacío de la lengua madre

Si algo nos muestra, en fin, la relación de Victoria Ocampo (hablante bilingüe y desdoblada) consigo misma y con sus ilustres visitantes, es que no basta el dominio de una lengua para aprehender los códigos culturales y personales que subyacen a la expresión. El “desajuste” permanente aflige a esta privilegiada escritora políglota. Desajuste interior, porque las palabras de su suelo de nacimiento no le son naturales, y las palabras del francés, que sí lo son, vehiculizan, sin embargo, una sensibilidad americana marcada, como lo advertirá crecientemente, por la “supremacía del alma y de la sangre”.

11-Buenos Aires, Sur, 1935.

12-Tal argumento proporciona Ketaki Kushari Dyson (basándose en este ensayo de Ocampo) para comprender los equívocos que también se producen en su relación con Tagore, a raíz de las cartas exuberantes y apasionadas que ella le envía: “She had no other language with which to communicate with Tagore except her primitive soul-and-blood language, the language of passion, tingled with spiritual thirst. Tagore and Elmhirst decoded it from their point of view as the language of love.” (1988, 249) Desde ya (salvo por un solo gesto, registrado en la versión original francesa de la *Autobiografía* de Victoria) el poeta indio no intentó comprobar si la devoción de ésta debía ser entendida también como pasión erótica. Su caricia, en todo caso, no obtiene respuesta, y él no va más allá. Su propia delicadeza temperamental, por un lado, así como sus preocupaciones fundamentales en ese momento de su vida (es un hombre que envejece, acostumbrado a la soledad, y que desea ante todo dejar un legado de creador y educador) lo llevan a preferir el tratamiento poético de la imagen de Victoria que se entrelaza a su obra como motivo inspirador, a la vez revelada y oculta por un velo de extrañamiento.

No es lo “americano”, empero, lo que la aleja de Tagore, quien, por el contrario, quiere hallar en la Argentina esa especificidad escamoteada, sino, antes bien, lo que hay en ella de europea. El maestro indio rechaza como “inauténticos” los íconos y clichés (desde la música a los muebles) de la aristocracia local educada en las que se consideran lenguas occidentales de alta cultura. Percibe a esos argentinos como exiliados dentro de su propio país. Intuición que Victoria Ocampo corrobora cuando se considera a sí misma como “europea trasplantada”, aunque no acierta, por entonces, a arbitrar los medios para neutralizar esa condición incómoda. Las asimetrías de género interfieren (pero sólo como en sordina) en la lectura que Tagore hace de sus textos. También para él, en efecto, la sobreabundancia de metáforas cuasi amorosas en las cartas de Victoria resulta desconcertante. La cautela del poeta, así como su distanciamiento personal de este tipo de cuestiones en esa época de su vida, impiden que la relativa tensión creada por la ambigüedad desemboque en un conflicto.

En lo que respecta a Keyserling, ambos corresponsales tendrían razones para acusarse de malas lecturas y confusión de planos: Victoria, por la palmaria atribución de extraordinarias virtudes éticas y caracterológicas a quien conocía sólo desde sus obras. El conde, por la lectura unívoca, en clave erótica, de una proliferación metafórica proveniente de una sensibilidad extrema y de una tonalidad afectiva que Victoria atribuye a toda una identidad cultural: la regida por la “supremacía del alma y de la sangre”.

No es un hecho despreciable el que en todos estos intercambios verbales y epistolares, ninguno de los participantes utilice la que tradicionalmente se consideraría como su lengua madre en el pleno sentido del término: es decir, una lengua nativa y natal, en la que se han dicho las primeras palabras y en la que se han forjado también las raíces culturales. La lengua del hogar y de la tradición de pertenencia. Tanto en Keyserling como en Tagore, esta idea de “lengua madre” funciona en plenitud con el alemán y el bengalí, respectivamente. Ambas son para ellos las lenguas del hogar y las lenguas de la cultura. Con ambas establecen una relación natural y poderosa. Ninguna de ellas, empero, les permitirá comunicarse con su lectora rioplatense.

En el caso de Ocampo, como ella misma lo ha declarado, el concepto de lengua madre se disocia y se vuelve profundamente problemático. La lengua de la gran tradición cultural con la que se sostiene un vínculo nutricional, afectivo e intelectual no es la que se habla en el seno de la familia, no es la instrumental cotidiana, sino la lengua que se conviene en aceptar como la propia del pensamiento y de la literatura, la lengua en la que ha aprendido a leer, fuera del suelo patrio: “Aprendí el alfabeto en francés, en un hotel de la avenida Friedland. Desde entonces,

el francés se me ha pegado en tal forma, que no he podido desembarazarme de él” (1981, 23-24). Se forma así un hiato que nada parece poder llenar lo suficiente entre la inmediatez cotidiana y la lengua cultural. Victoria Ocampo queda obligada a negociar con sus emociones por fuera de la lengua nativa. Tal vez ese hueco, esa imposibilidad retorna como *surplus*, como exceso, como desborde, a las otras lenguas (el francés sobre todo, también el inglés y el italiano) en las que ella (se) pensó, leyó y escribió. La carga de lo no dicho nunca en el idioma natal satura, quizás, los otros idiomas y crea un doble literario para la pasión indócil, siempre inadecuada, siempre salida de marco, percibida también por otros como sobreactuada (a fuer de literaria, o de “teatral”, en fin) de la extranjera en su propia tierra. Un doble o un fantasma, con el que ni Keyserling ni Tagore (seguros de sí mismos, afianzados en sus lenguas propias) tuvieron que luchar en su intimidad personal y al que no necesitaron transformar en literatura.

Bibliografía

- GALASSO, Norberto (ed.). *Dos Argentinas: Arturo Jauretche – Victoria Ocampo: correspondencia inédita: sus vidas, sus ideas*. Rosario: Homo Sapiens, 1996.
- JAURETCHE, Arturo. *Los profetas del odio y La Yapa (La colonización pedagógica)*. Buenos Aires: Corregidor, 1997.
- KEYSERLING, Hermann von. *Meditaciones Suramericanas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1933. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torre.
- KUSHARI DYSON, Ketaki. *In Your Blossoming Flower Garden, Rabindranath Tagore and Victoria Ocampo*. Delhi: Sahitya Akademi, 1988.
- LOJO, María Rosa. “Victoria Ocampo: un duelo con la sombra del viajero”, *Alba de América*, n^os. 43 y 44, Vol. 23, (julio 2004), 151-165.
- , *Las libres del Sur. Una novela sobre Victoria Ocampo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2004b.
- OCAMPO, Victoria. “Palabras francesas”. *Testimonios. Primera Serie, 1920-1934*. Buenos Aires: Sur, 1981. (1^a ed. 1935)
- , *Supremacía del alma y de la sangre*. Buenos Aires: Sur, 1935.
- , *El viajero y una de sus sombras. Keyserling en mis memorias*. Buenos Aires: Sudamericana, 1951.
- , *Tagore en las Barrancas de San Isidro*. Buenos Aires: Sur, 1961.
- , *Autobiografía IV. Viraje*. Buenos Aires: Sur, 1982.
- , *Autobiografía V. Versailles-Keyserling-Drieu*. Buenos Aires: Sur, 1983.
- VÁZQUEZ, María Celia. “Las cartas entre Victoria Ocampo y Arturo Jauretche, casi un duelo literario”. *II Congreso Internacional CELEHIS*

de Literatura, Universidad Nacional de Mar del Plata, 25-27 de noviembre de 2004.

http://www.elortiba.org/pdf/Maria_Vazquez%20.pdf

VÁZQUEZ, María Esther. *Victoria Ocampo*. Buenos Aires: Planeta, 1991.

_____. *Victoria Ocampo. El mundo como destino*. Buenos Aires: Planeta, 2002.